

Prólogo

Las cajas de zapatos vacías y polvorientas, apiladas en montones más anchos y altos que su cuerpo delgado, se tambalearon cuando apoyó la espalda contra ellas acercando al pecho las rodillas huesudas.

Respira. Tú sólo respira. Respira.

Encajada al fondo del sórdido armario, se mordió el labio inferior sin atreverse a hacer ningún ruido. Mientras se concentraba en introducir en sus pulmones cada polvorienta aspiración de aire, notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Ay, Dios, qué error había cometido, y la señorita Becky tenía razón. Era una niña mala.

Había intentado coger el tarro de las galletas sucio y manchado, el que tenía forma de oso de peluche, el que escondía aquellas galletas que sabían tan raras. Se suponía que no podía coger galletas ni ninguna otra comida por su cuenta, pero tenía tanta hambre que le dolía la tripa y la señorita Becky volvía a estar enferma y dormitaba en el sofá. No había volcado a propósito el cenicero de la encimera rompiéndolo en trocitos. Algunos tenían una forma parecida a la de los carambanos que colgaban del tejado en invierno. Otros eran pequeños como astillas.

Lo único que quería era una galleta.

Sus hombros delicados se sacudieron al oír el ruido de la pared al resquebrajarse al otro lado del armario. Se mordió el labio con más fuerza. Un sabor metálico inundó su boca. Al día siguiente habría en el yeso un agujero del tamaño de la manaza del señor Henry, y la señorita Becky lloraría y volvería a ponerse enferma.

El suave chirrido de la puerta del armario retumbó en sus oídos como un trueno.

Ay, no, no, no...

Allí no tenía que encontrarla. Aquél era su refugio cada vez que el señor Henry se enfadaba o cuando...

Se puso tensa y abrió los ojos como platos cuando un cuerpo más ancho y alto que el suyo se deslizó dentro del armario y se arrodilló delante de ella. A oscuras no pudo distinguir sus rasgos, pero supo instintivamente —lo notó en la tripa y en el pecho— quién era.

—Lo siento —susurró.

—Ya lo sé. —Una mano se posó en su hombro. Su peso la reconfortó. Él era la única persona que no le importaba que la tocara—. Necesito que te quedes aquí, ¿de acuerdo?

La señorita Becky le había dicho una vez que él era sólo seis meses mayor que ella, pero siempre le parecía mucho más grande y mayor porque a sus ojos ocupaba el mundo entero.

Asintió con la cabeza.

—No salgas —dijo él, y le puso en las manos la muñeca pelirroja que se le había caído en la cocina cuando rompió el cenicero y corrió a esconderse en el armario.

Estaba tan asustada que había dejado a Terciopelo donde había caído, y estaba muy angustiada porque la muñeca

se la había regalado él hacía muchos, muchos meses. Ignoraba de dónde la había sacado pero un día había aparecido con ella, y ahora era suya y sólo suya.

—Tú quédate aquí pase lo que pase.

Apretando con fuerza a la muñeca entre las rodillas y el pecho, asintió de nuevo.

Él cambió de postura, tensándose al oír un grito furioso que hizo temblar las paredes a su alrededor. Al oír su nombre gritado con tanta furia, ella sintió que un agua gélida le corría por la espalda.

Un leve gemido escapó de sus labios.

—Sólo quería una galleta —musitó.

—No pasa nada. ¿Recuerdas? Te prometí que te protegería siempre. Tú no hagas ruido. —Le apretó el hombro—. Quédate quieta y cuando yo... cuando vuelva, te leeré un poco, ¿de acuerdo? Te contaré el cuento de ese conejo tan bobo.

No pudo hacer otra cosa que asentir de nuevo, porque a veces no se había quedado quieta y callada y jamás olvidaría las consecuencias. Pero si se quedaba quieta, sabía lo que pasaría. Él no podría leerle esa noche. Y al día siguiente faltaría al colegio y no estaría bien aunque él dijera lo contrario.

Se quedó quieto un momento. Luego salió del armario. La puerta del dormitorio se cerró con un ruido sordo y ella levantó la muñeca y la apretó contra su cara llorosa. Un botón del pecho de Terciopelo se le clavó en la mejilla.

No hagas ruido.

El señor Henry empezó a gritar.

No hagas ruido.

Sonaron pasos en el pasillo.

No hagas ruido.

Se oyó un golpe parecido a una bofetada. Algo cayó al suelo. La señorita Becky debía de sentirse mejor porque de pronto se puso a gritar. En el armario, sin embargo, el único sonido que importaba eran aquellos golpes, repetidos una y otra vez. Abrió la boca y gritó en silencio, con la cara pegada a la muñeca.

No hagas ruido.



Podían cambiar muchas cosas en cuatro años.

Costaba creer que hubiera pasado tanto tiempo. Cuatro años sin pisar un colegio público. Cuatro años sin hablar con nadie, excepto con un grupo muy reducido e íntimo de personas. Cuatro años preparándome para este momento, y aun así era muy probable que acabara vomitando sobre la encimera los pocos cereales que, con mucho esfuerzo, había conseguido tragar.

Podían cambiar muchas cosas en cuatro años. La cuestión era ¿había cambiado yo?

El ruido de una cucharilla al entrechocar con una taza me sacó de mis cavilaciones.

Era la *tercera* cucharadita de azúcar que Carl Rivas intentaba ponerse a hurtadillas en el café. Cuando creyera que nadie miraba, trataría de añadirse dos más. Era un hombre delgado y estaba en forma pese a tener cincuenta y pocos años, pero sufría una fuerte adicción al azúcar. En el despacho de casa, lleno de revistas médicas, tenía un escritorio con un cajón que parecía una tienda de golosinas.

Remoloneando cerca del azucarero, cogió otra vez la cucharilla y miró por encima del hombro. Se paró en seco.

Sonreí un poco desde la enorme isla del centro de la cocina, donde estaba sentada con un cuenco lleno de cereales delante de mí.

Suspiró al verme, se apoyó contra la encimera de granito y me observó por encima del borde de la taza mientras bebía un sorbo de café. Su cabello negro, peinado hacia atrás desde la frente, había empezado a encanecerse por las sienes hacía poco tiempo, y a mí me parecía que, combinado con su piel tan morena, le daba un aire bastante distinguido. Era guapo, igual que su mujer, Rosa. Bueno, en el caso de Rosa no podía decirse que fuera simplemente guapa. Con su tez oscura y su cabello espeso y ondulado sin una sola hebra de gris, era muy bella. Impresionante, de hecho, sobre todo por su porte orgulloso.

A Rosa nunca le había dado miedo dar la cara ni por sí misma ni por los demás.

Metí la cuchara en el cuenco con cuidado para que no hiciera ruido al chocar con la cerámica. No me gustaba hacer ruidos innecesarios. Una vieja costumbre de la que no había conseguido desprenderme y que posiblemente seguiría acompañándome toda la vida.

Al levantar la mirada, sorprendí a Carl mirándome.

—¿Seguro que estás preparada, Mallory?

Mi corazón contestó con un respingo a aquella pregunta aparentemente inofensiva que, sin embargo, equivalía a un fusil de asalto cargado de munición. Estaba todo lo preparada que podía estar. Como una pardilla, había impreso mi horario y el plano del instituto Lands, y Carl había llamado por anticipado para preguntar mi número de taquilla, para que supiera exactamente dónde estaba todo. Me había *empollado* el plano. En serio. Como si mi vida dependiera de ello. Así no tendría que preguntar a nadie dónde

eran las clases, ni deambular desorientada por los pasillos. Rosa me había acompañado el día anterior al instituto para que me familiarizara con el camino y supiera cuánto tardaría en llegar en coche.

Yo esperaba que Rosa estuviera allí esa mañana porque para mí era un día decisivo, un día para el que llevábamos todo el año preparándonos. Los desayunos siempre eran nuestro momento. Pero Carl y Rosa eran médicos. Ella era cirujana cardiovascular, y la habían llamado para una operación de urgencias antes de que me levantara. Así que no me quedó más remedio que excusar su falta.

—¿Mallory?

Asentí con la cabeza enérgicamente al tiempo que apretaba los labios y ponía las manos sobre el regazo.

Carl bajó la taza y la dejó sobre la encimera, a su espalda.

—¿Estás preparada? —preguntó de nuevo.

En mi estómago se formaron varios manojos de nervios y me dieron ganas de vomitar en serio. En parte no estaba preparada. El día iba a ser complicado, pero tenía que seguir adelante. Mirándole a los ojos, le indiqué que sí con la cabeza.

Se le hinchó el pecho cuando respiró hondo.

—¿Sabes cómo ir al instituto?

Asentí otra vez, me bajé de un salto del taburete y agarré mi cuenco. Si me iba ya, llegaría quince minutos antes. Seguramente era lo mejor, pensé mientras tiraba los cereales a la basura y metía el cuenco y la cuchara en el lavavajillas de acero inoxidable.

Carl no era un hombre alto, medía en torno a un metro setenta y dos, pero yo sólo le llegaba a los hombros cuando se puso delante de mí.

—Usa la palabra, Mallory. Sé que estás nerviosa y que tienes mil cosas en la cabeza, pero tienes que usar la palabra, no decir que sí o que no con la cabeza.

Usa la palabra.

Cerré los ojos con fuerza. El doctor Taft, el psicólogo al que veía antes, me había dicho aquello mismo un millón de veces, igual que el logopeda que me había atendido tres veces por semana durante dos años.

Usa la palabra.

Aquel mantra contradecía todo lo que me habían enseñado durante casi trece años, porque la palabra equivalía a ruido, y el ruido se castigaba con miedo y con violencia. Se castigaba *antes* con esas cosas. Ya no. No había invertido casi cuatro años de mi vida en hacer terapia intensiva para dejar ahora de emplear la palabra, y Rosa y Carl no habían dedicado cada segundo de su tiempo libre a borrar un pasado lleno de pesadillas sólo para ver cómo fracasaban sus esfuerzos en el momento decisivo.

El problema no eran las palabras, que volaban por mi cabeza como una bandada de pájaros migrando hacia el sur para pasar el invierno. Las palabras nunca habían sido el problema. Las tenía dentro de mí, siempre las había tenido. Lo que me costaba era hacerlas salir, darles voz.

Respiré hondo e intenté tragar saliva, pero tenía la garganta seca.

—Sí. Sí. Estoy... preparada.

Una leve sonrisa curvó los labios de Carl cuando me apartó un largo mechón de pelo de la cara. Mi pelo era más castaño que rojo hasta que salía al exterior. Entonces, para mi inmensa vergüenza, se me ponía de un rojo encendido, como el de un camión de bomberos.

—Puedes hacerlo. Estoy totalmente convencido. Y Rosa también. Sólo tienes que *convencerte* de ello, Mallory.

Se me atascó la respiración en la garganta.

—Gracias.

Una sola palabra.

Una palabra sin fuerza suficiente, porque ¿cómo podía agradecerles que me hubieran salvado la vida? En sentido literal y figurado. En lo que respectaba a ellos, me había encontrado en el lugar y el momento oportunos, por motivos completamente equivocados. Nuestra historia parecía sacada de un especial del programa de Oprah Winfrey o de un telefilme para la familia. Parecía irreal. Decir gracias no bastaría nunca, después de todo lo que habían hecho por mí.

Y precisamente por todo lo que habían hecho por mí, por todas las oportunidades que me habían dado, quería ser tan perfecta para ellos como fuera posible. Se lo *debía*. Y de eso se trataba hoy.

Me acerqué rápidamente a la isleta de la cocina y cogí mi cartera y mis llaves para no echarme a llorar como una niña que acabara de descubrir que Papá Noel no existe.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Carl me detuvo en la puerta.

—No me des las gracias —dijo—. Demuéstranoslo.

Hice amago de asentir con la cabeza, pero me detuve.

—De acuerdo —susurré.

Sonrió y entornó los ojos.

—Buena suerte.

Abrí la puerta de casa y salí a la estrecha escalera y al aire cálido y el sol brillante de la mañana de finales de agosto. Dejé vagar la mirada por el jardín bien cuidado, idéntico al de la casa de enfrente y al de todas las casas del barrio de Pointe.

Todas las casas.

A veces todavía me sorprendía vivir en un lugar así: en una casa grande con jardín y flores plantadas con esmero, con mi propio coche aparcado en el camino de entrada recién asfaltado. Algunos días me parecía irreal, como si fuera a despertarme y a hallarme de nuevo en...

Sacudí la cabeza para alejar de mí ese pensamiento mientras me acercaba al Honda Civic de diez años de antigüedad. El coche había sido de Marquette, la verdadera hija de Rosa y Carl: se lo habían regalado cuando acabó el instituto, antes de que se marchara a la universidad para convertirse en médico, como ellos.

Su *verdadera* hija.

El doctor Taft siempre me corregía cuando me refería así a Marquette, porque creía que en cierto modo me situaba en una posición de inferioridad respecto a Carl y Rosa. Yo confiaba en que tuviera razón, porque algunos días me sentía igual que una de aquellas casonas de jardín impecable.

Algunos días no me sentía real.

Marquette nunca llegó a ir a la universidad. Un aneurisma. Murió así, de repente, sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo. Yo imaginaba que para Rosa y Carl aquello era lo más difícil de asumir: que hubieran salvado tantas vidas y que no hubieran podido salvar la que más les importaba.

Resultaba un poco violento que el coche fuera ahora mío, como si fuera en cierto modo la sustituta de su hija. Ellos nunca me hacían sentir así y yo nunca lo decía en voz alta, pero cuando me sentaba detrás del volante no podía evitar pensar en Marquette.

Dejé la bolsa en el asiento del copiloto. Eché un vistazo al interior del coche y me tropecé con el reflejo de mis ojos

en el retrovisor. Los tenía demasiado grandes. Parecía un ciervo —un ciervo con ojos azules— a punto de ser atropellado por un camión. Tenía pálida la piel alrededor de los ojos y las cejas fruncidas. Parecía asustada.

Suspiré.

No era ésa la cara que quería tener mi primer día de clase.

Empecé a apartar la mirada, pero me fijé en la medalla de plata que colgaba del retrovisor. No era mucho más grande que una moneda de veinticinco centavos. Grabado dentro del óvalo en relieve había un hombre con barba. Estaba escribiendo en un libro, con una pluma antigua. Encima de él se leía SAN LUCAS y debajo REZA POR NOSOTROS.

San Lucas era el santo patrón de los médicos.

La cadena había pertenecido a Rosa. Su madre se la regaló cuando entró en la facultad de medicina, y Rosa me la regaló a mí cuando le dije que estaba preparada para ir al instituto público el último curso de bachillerato. Supuse que se la había regalado a Marquette en algún momento, pero no se lo pregunté.

Creo que Rosa y Carl esperaban en parte que siguiera sus pasos como pensaba hacer Marquette. Pero para ser cirujana hacía falta aplomo, seguridad en ti misma y una personalidad casi temeraria, tres cosas que a mí nadie podría atribuirme jamás.

Carl y Rosa lo sabían y procuraban orientarme hacia la investigación porque, según decían ellos, durante los años que me había educado en casa había demostrado las mismas aptitudes para la ciencia que mostraba Marquette. Aunque no había querido contradecirles, la verdad era que dedicarme a observar microbios o células me parecía tan interesante como pasarme la vida repintando de blanco las

paredes de mi habitación. En realidad no tenía ni idea de a qué quería dedicarme, sólo sabía que quería seguir estudiando, porque hasta que Rosa y Carl llegaron a mi vida ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera ir a la universidad.

El trayecto hasta el instituto Lands duró exactamente dieciocho minutos, como esperaba. En cuanto el edificio de tres plantas y ladrillo visto apareció ante mi vista más allá de los campos de béisbol y fútbol, me puse tan tensa como si una pelota de béisbol viniera derecha hacia mi cara a toda velocidad y hubiera olvidado ponerme el guante para atraparla.

Se me hizo un nudo en el estómago y apreté con fuerza el volante. El instituto era enorme y relativamente nuevo. Según informaba la página web su construcción databa de los años noventa, y comparado con otros centros todavía estaba reluciente.

Reluciente y gigantesco.

Adelanté a los autobuses que estaban dando la vuelta a la rotonda para descargar a sus pasajeros y, siguiendo a otro coche, doblé la esquina del enorme edificio y llegué al aparcamiento, que era del tamaño del de un centro comercial. No me costó aparcar y, como había llegado temprano, aproveché aquellos quince minutos para hacer una especie de autoafirmación diaria, o algo igual de hortera y embarazoso.

Puedo hacerlo. Puedo hacerlo.

Me repetí esas palabras una y otra vez mientras me bajaba del coche y me colgaba la bolsa nueva del hombro. El corazón me latía a mil por hora, tan deprisa que pensé que iba a marearme cuando miré a mi alrededor y vi la riada humana que avanzaba por la acera que conducía a la entrada trasera del instituto Lands. Me encontré ante una

oleada de rasgos diversos, de distintos tonos de piel, formas y tamaños y por un instante fue como si mi cerebro estuviera a punto de sufrir un cortocircuito. Contuve la respiración. Innumerables ojos me miraban, algunos deteniéndose en mí y otros pasando de largo como si ni siquiera se dieran cuenta de que estaba allí parada, lo cual era una suerte en cierto modo, porque estaba acostumbrada a ser poco más que un fantasma.

Acerqué una mano temblorosa al bolso y, con la boca seca, obligué a mis piernas a moverse. Me sumé a la riada de gente echando a andar a su lado. Fijé la mirada en la coleta rubia de la chica que iba delante de mí. Bajé los ojos. La chica llevaba falda vaquera y sandalias. De color naranja brillante, de tiras, estilo gladiador. Eran bonitas. Podía decírsele, trabar conversación con ella. Su coleta también era alucinante. Le arrancaba justo desde la coronilla. Yo jamás podría hacerme una igual, ni aunque viera una docena de tutoriales en YouTube. Cada vez que lo intentaba, parecía que llevaba un matojo desigual encima de la cabeza.

Pero no le dije nada.

Al levantar la vista, mis ojos se tropezaron con los del chico que iba a mi lado. Tenía cara de sueño. No sonrió ni frunció el ceño, ni hizo nada aparte de volver a mirar el móvil que tenía en la mano. Ni siquiera estoy segura de que me viera.

Hacía una mañana cálida, pero en cuanto entré en el edificio casi helado me alegré de llevar una chaqueta fina que había conjuntado con todo cuidado con unos vaqueros y una camiseta de tirantes.

Desde la entrada todo el mundo se dispersaba en distintas direcciones. Los alumnos más pequeños, que eran más

o menos de mi estatura pero mucho más jóvenes, pasaron a toda prisa por encima del vikingo rojo y azul pintado en el suelo, con las mochilas colgándoles de la espalda, sorteando cuerpos más altos y anchos. Otros caminaban como zombis, con paso lento y aparentemente sin rumbo. Yo estaba más o menos en un término medio: parecía avanzar a ritmo normal, pero en realidad había practicado mucho aquel paso.

Había algunos que se acercaban corriendo a otros y les abrazaban riendo. Supuse que eran amigos que no se habían visto en todo el verano, o que quizá eran simplemente muy efusivos. En todo caso, los miré con atención mientras avanzaba. Al verlos me acordé de mi amiga Ainsley. Ella seguía estudiando en casa pero, de no ser así, supuse que nos comportaríamos como aquellos chicos y chicas: que correríamos la una hacia la otra dando saltos y sonriendo, muy animadas. Lo normal.

Seguramente Ainsley todavía estaba en la cama, no porque pudiera pasarse el día holgazaneando, sino porque las vacaciones que nos daba nuestra tutora común eran algo distintas a las escolares. Ainsley seguía estando de vacaciones pero, en cuanto empezara el curso, sus horas de estudio en casa serían tan estrictas y agotadoras como habían sido las mías.

Procurando salir de mi ensimismamiento, tomé la escalera que había al final del amplio pasillo, cerca de la entrada de la cafetería. Con sólo acercarme al comedor se me aceleró el pulso y noté que se me revolvía el estómago.

La hora de la comida...

Ay, Dios, ¿qué iba a hacer cuando llegara la hora de comer? No conocía a nadie, absolutamente a nadie, y no podría...

Me corté en seco: no podía pararme a pensar en eso. Si lo hacía, era muy posible que diera media vuelta y volviera corriendo a mi coche.

Mi taquilla, la número 234, estaba en la primera planta, en medio del pasillo. No tuve problema en encontrarla, y además se abrió al primer intento. Girándome por la cintura, saqué de la bolsa el cuaderno que iba a usar para las clases de la tarde y lo dejé en el estante de arriba, consciente de que ese día tendría que recoger un montón de enormes libros de texto.

La taquilla de al lado se cerró de golpe, y di un respingo, tensa. Levanté la barbilla. Una chica alta, de piel oscura y minúsculas trencitas que le cubrían toda la cabeza, me lanzó una sonrisa rápida.

—Hola.

Se me trabó la lengua y no pude pronunciar aquella ridícula palabreja antes de que la chica de las trencitas diera media vuelta y se alejara.

Qué fallo.

Sintiéndome completamente idiota, puse los ojos en blanco y cerré la puerta de la taquilla. Al darme la vuelta, vi la espalda de un chico que avanzaba en dirección contraria. Se me tensaron de nuevo los músculos al mirarlo.

Ni siquiera sé por qué ni cómo me fijé en él. Quizá fuera porque les sacaba una cabeza a todos los demás que había a su alrededor. Como una auténtica pardilla, no pude apartar los ojos de él. Tenía el pelo ondulado, entre marrón y negro, muy corto por la parte de la nuca morena y más largo por arriba. Me pregunté si le caería sobre la frente, y se me encogió un poco el corazón al acordarme de un chico al que había conocido años antes, un chico al que el pelo le caía siempre sobre la frente

por más que se lo apartara. Me dolía el pecho cada vez que pensaba en él.

Sus hombros parecían muy anchos bajo la camiseta negra, y tenía los bíceps tan definidos que pensé que o bien hacía deporte o bien trabajaba mucho con las manos. Llevaba unos vaqueros descoloridos, pero no de los caros: yo conocía la diferencia entre unos vaqueros de marca diseñados para parecer desgastados y unos vaqueros que estaban simplemente viejos y en las últimas. Llevaba en la mano un único cuaderno que, incluso desde aquella distancia, parecía tan viejo como sus pantalones.

Sentí que algo extraño se agitaba dentro de mí, una sensación de familiaridad, y mientras estaba allí parada, delante de mi taquilla, me descubrí pensando en la única cosa radiante en medio de un pasado lleno de sombras y oscuridad.

Pensé en aquel chico que hacía que se me encogiera el corazón, en aquel chico que prometió protegerme siempre.

Hacía cuatro años que no lo veía, que no le oía hablar. Cuatro años intentando borrar de mi memoria todo lo que tuviera que ver con esa parte de mi infancia, y sin embargo *de él* aún me acordaba. Me preguntaba qué habría sido de él.

¿Y cómo iba a ser de otro modo? Siempre me preguntaría por él.

Si había salido con vida de la casa en la que crecimos, había sido únicamente gracias a él.

2

Una cosa que aprendí enseguida después de mi primera clase fue que los asientos de la fila del fondo del aula eran los más codiciados. Estaban lo bastante cerca como para ver la pizarra, y lo bastante lejos para que el profesor no te tuviera en el punto de mira.

Llegué la primera a todas mis clases de preparación para el ingreso en la universidad y conseguí sentarme al fondo, camuflándome antes de que me vieran. No hablé con nadie hasta que, justo antes de la hora de comer, al empezar la clase de lengua y literatura, una chica de piel marrón oscura y ojos negros se sentó en el sitio vacío que había a mi lado.

—Hola —dijo al dejar su grueso cuaderno sobre la pala de la silla—. Me han dicho que el señor Newberry es un auténtico capullo. Fíjate en las fotos.

Miré hacia la parte delantera del aula. El profesor no había llegado aún, pero la pizarra estaba rodeada de retratos de escritores famosos. Reconocí a Shakespeare, Voltaire, Hemingway, Emerson y Thoreau, entre otros, aunque posiblemente no los habría reconocido si hasta entonces no hubiera tenido tanto tiempo libre para leer.

—¿Lo ves? Son todos tíos —añadió, y cuando volví a mirarla vi que sacudía la cabeza haciendo rebotar sus prietos

rizos negros—. Mi hermana lo tuvo dos años y dice que, según él, para crear una obra literaria que valga la pena, es imprescindible tener polla.

Abrí los ojos como platos.

—Así que creo que esta clase va a ser la monda. —Sonrió enseñando sus dientes rectos y blancos—. Por cierto, soy Keira Hart. No te recuerdo del curso pasado. No es que conozca a todo el mundo, pero creo que al menos te habría visto por ahí.

Se me llenaron de sudor las palmas de las manos mientras seguía mirándome. La pregunta que me había lanzado era muy sencilla. La respuesta, también. Se me secó la garganta y noté que una oleada de calor me subía por el cuello mientras pasaban los segundos.

Usa la palabra.

Encogí los dedos de los pies apretándolos contra las suaves suelas de piel de mis sandalias y sentí que la voz me raspaba la garganta cuando dije:

—Soy... soy nueva.

¡Ya estaba! Ya lo había dicho. Había hablado.

¡Toma ya! ¡Tenía el habla dominada!

Bueno, sí, quizás estuviera exagerando mi hazaña considerando que técnicamente sólo había dicho dos palabras y repetido una. Pero no iba a quitarle importancia a aquel logro, porque hablar con gente nueva me costaba muchísimo. Casi tanto como a otra persona le habría costado entrar desnuda en clase.

Keira no pareció notar que por dentro estaba hecha un flan.

—Eso me parecía. —Y luego esperó, y durante un momento no entendí por qué me miraba con tanta expectación. Luego caí en la cuenta.

Mi nombre. Estaba esperando que le dijera mi nombre. El aire se me escapó con un siseo entre los dientes.

—Soy Mallory... Mallory Dodge.

—Genial. —Asintió mientras mecía sus hombros esbeltos contra el respaldo de la silla—. Ah, aquí viene.

No volvimos a hablar, pero yo estaba muy satisfecha con las siete palabras que había dicho. Contando las repetidas, claro, porque Rosa y Carl las habrían contado.

El señor Newberry hablaba con unas ínfulas de las que hasta una novata como yo se habría dado cuenta, pero aun así no me molestó. Estaba flipando en colores con mi gran hazaña.

Entonces llegó la hora de la comida.

Entrar en el gran comedor lleno de ruido fue como una experiencia extracorpórea. Aunque mi cerebro me pedía a gritos que buscase un lugar más tranquilo, apacible y seguro al que ir, me obligué a avanzar poniendo un pie delante del otro.

Cuando llegué a la cola, estaba tan nerviosa que tenía un nudo en el estómago. Sólo cogí un plátano y una botella de agua. A mi alrededor había mucha gente y mucho ruido: risas, gritos y un zumbido constante de conversaciones. Estaba absolutamente fuera de mi elemento. Toda la gente se sentaba en grupitos en las largas mesas rectangulares. No había nadie sentado a solas, que yo viera, y no conocía a nadie. Sería la única alumna del instituto que comiera sola.

Horrorizada al percatarme de ello, noté que crispaba los dedos alrededor del plátano que tenía en la mano. Me agobió el olor a desinfectante y a comida quemada y sentí en el pecho una presión que me cerraba la garganta. Respiré, pero el aire no pareció hinchar mis pulmones. Una serie de espasmos recorrió la base de mi cráneo.

No podía quedarme allí.

Había demasiado ruido y demasiada gente, y de pronto la sala me parecía muy pequeña y cerrada. En casa nunca había tanto ruido. Nunca. Recorrí el comedor con la mirada sin ver ningún detalle. Me temblaba tanto la mano que temí que se me cayera el plátano. Entonces intervino el instinto y empecé a mover los pies.

Salí a toda prisa al pasillo, más tranquilo, y seguí caminando. Pasé junto a unos cuantos chicos y chicas que remoloneaban junto a las taquillas envueltos en un tenue olor a tabaco. Respiré hondo para calmarme, pero no lo conseguí. Lo que me calmó fue alejarme de la cafetería, no respirar hondo. Doblé la esquina y me paré en seco, evitando por los pelos chocar de frente con un chico mucho más alto que yo.

Se apartó y sus ojos enrojecidos se agrandaron, llenos de sorpresa. Olía a algo. Al principio pensé que era tabaco, pero al inhalar me di cuenta de que era un olor más intenso, más denso y terroso.

—Perdona, *chula**¹ —murmuró, y me miró lentamente de arriba abajo, desde las puntas de los pies hasta los ojos. Comenzó a sonreír.

Al final del pasillo, un chico más alto apretó el paso.

—Jayden, ¿dónde coño vas tan deprisa, tronco? Tenemos que hablar.

El chico que supuse que era Jayden se volvió y, pasándose la mano por el pelo oscuro cortado casi al cero, masculló:

—*Mierda, hombre**.

1. El asterisco indica que las palabras en cursiva y en español aparecen así en el original. (*N. de la T.*)

Se abrió una puerta y salió un profesor que los miró con el ceño fruncido.

—¿Ya estamos, señor Luna? ¿Así vamos a empezar el curso?

Pensé que valía más salir del pasillo porque el chico más alto no parecía muy contento ni muy amistoso y, cuando el tal Jayden siguió andando, el profesor puso cara de tener ganas de cargarse a alguien. Pasé a toda prisa junto a Jayden y mantuve la cabeza agachada para no mirar a nadie.

Acabé en la biblioteca y estuve jugando a Candy Crush en el móvil hasta que sonó el timbre. Pasé la hora siguiente —la de historia— furiosa conmigo misma por no haberlo intentado. Porque ésa era la verdad: que ni siquiera lo había intentado, me había escondido en la biblioteca como una inútil y me había puesto a jugar a un juego idiota que, con lo mal que se me daba, sólo podía ser un invento del diablo.

La inseguridad me cubrió como un manto áspero y pesado. Había progresado tanto esos últimos cuatro años... No me parecía en nada a la de antes. Sí, todavía tenía problemas que resolver, pero era mucho más fuerte que antes, cuando todavía era una especie de cascarón vacío. ¿Verdad que sí?

Rosa se llevaría una desilusión.

Había empezado a picarme la piel cuando me dirigí a la última clase. Me latía tan deprisa el corazón que seguramente estaba al borde del infarto, y es que mi última clase de ese día era la peor de todas.

Clase de expresión oral, también llamada «Comunicación». La primavera anterior, al matricularme en el instituto, Carl y Rosa me habían mirado como si estuviera loca, pero yo me había hecho la valiente. Me dijeron que podían ahorrarme esa asignatura aunque en el Lands era obligatoria, pero yo tenía algo que demostrar.

No quería que Carl y Rosa intervinieran. Quería, no, *necesitaba* matricularme también en expresión oral.

Uf.

De pronto me arrepentía de no haber sido más sensata y haber dejado que hicieran lo que tuvieran que hacer para librarme de aquella clase que ahora me parecía una auténtica pesadilla. Cuando vi la puerta abierta del aula del segundo piso, tuve la impresión de que iba a tragarme. Al otro lado, el aula estaba llena de luz.

Vacilé. Una chica pasó a mi lado esquivándome y torció la boca al echarme un vistazo. Me dieron ganas de dar media vuelta y huir. Meterme en el Honda y volver a casa, ponerme a salvo.

Seguir como hasta entonces.

No.

Agarrando con fuerza la tira del bolso, me obligué a seguir avanzando, y fue como si caminara entre un barro muy espeso que me llegara hasta las rodillas. Cada paso me costaba un gran esfuerzo. Cada vez que respiraba me silbaban los pulmones. Los fluorescentes del techo zumbaban y mis oídos estaban hipersensibilizados a las conversaciones que oía a mi alrededor, pero aun así lo logré.

Llegué a la fila del fondo, y tenía los dedos entumecidos y los nudillos blancos cuando dejé el bolso en el suelo, junto a la mesa, y me deslicé en el asiento. Fingiendo que estaba atareada sacando el cuaderno, me agarré al borde del pupitre.

Estaba en clase de expresión oral. Estaba allí.

Lo había conseguido.

Cuando llegara a casa, me daría una fiesta. Sacaría el helado de chocolate del congelador y me lo comería directamente del bote, así, a lo bestia.

Como empezaban a dolerme los nudillos, aflojé las manos y miré hacia la puerta mientras pasaba las palmas húmedas por la superficie de la mesa. Lo primero que vi fue el pecho ancho, envuelto en negro. Luego, los bíceps bien definidos. Y allí estaba también aquel cuaderno viejo que parecía a punto de caerse a pedazos, apoyado contra un muslo enfundado en tela vaquera descolorida.

Era el chico de esa mañana, el del pasillo.

Curiosa por ver cómo era de frente, levanté las pestañas, pero ya se había vuelto hacia la puerta. La chica del pasillo, la que me había esquivado, acababa de entrar. Ahora que me había sentado y que podía respirar, me tocó a mí el turno de observarla. Era guapa. Muy guapa, como Ainsley. Tenía el pelo muy liso y de color caramelo, tan largo como yo, hasta debajo de los pechos. Era alta y llevaba una camiseta de tirantes que le marcaba la tripa plana. Sus ojos marrones oscuros no se fijaron en mí esta vez. Se clavaron en el chico que tenía delante.

La cara que puso dejó bien claro que de frente era tan atractivo como de espaldas y, cuando se rió, abrió los labios rosas en una amplia sonrisa. La sonrisa la transformó de guapa en preciosa, pero para entonces yo ya había dejado de prestarle atención. Se me puso la piel de gallina. Aquella risa... Era una risa profunda, sonora y extrañamente familiar. Un escalofrío recorrió mis hombros. *Aquella risa...*

El chico caminaba hacia atrás, y me asombró (me dio envidia, de hecho) que no tropezara con nada. Entonces me di cuenta de que se dirigía hacia el fondo de la clase. Hacia mí. Miré a mi alrededor. Quedaban muy pocos sitios libres, dos a mi izquierda. La chica le seguía. Y no sólo le seguía: le estaba tocando.

Le tocaba como si estuviera acostumbrada a hacerlo.

Tenía el brazo extendido y la mano apoyada en el centro de su tripa, justo debajo del pecho. Se mordió el labio al tiempo que deslizaba la mano hacia abajo. Las pulseras doradas que llevaba en la muñeca casi rozaron su cinturón de cuero gastado. Me ardieron las mejillas cuando el chico se alejó de su alcance. Sus movimientos tenían algo de jugueteón, como si aquella danza fuera para ellos una rutina diaria.

Él se volvió al llegar al final de las mesas y pasó por detrás de la silla ocupada. Deslicé la mirada por sus caderas estrechas, por aquella tripa que la chica había tocado y seguí subiendo hasta que vi su cara.

Dejé de respirar.

Mi cerebro no consiguió asimilar lo que estaba viendo. Se bloqueó. Me quedé mirándolo, mirándolo de verdad, y vi una cara que conocía muy bien y que, sin embargo, era completamente nueva para mí, una cara más madura de lo que la recordaba pero igual de hermosa. Le *conocía*. Dios mío, le habría reconocido en cualquier parte, a pesar de que habían pasado cuatro años y de que la última vez que le había visto, aquella última noche tan espantosa, había cambiado mi vida para siempre.

Aquello era demasiado surrealista.

De pronto me pareció lógico haber pensado en él esa mañana: le había visto de verdad, aunque no me hubiera dado cuenta de que era él.

No pude moverme, no conseguía respirar ni podía creer que aquello estuviera sucediendo de verdad. Solté la mesa y mis manos cayeron flácidas sobre mi regazo cuando se sentó a mi lado. Tenía la mirada fija en la chica que se había sentado a su lado y ladeó la cara —aquella mandíbula fuerte que sólo empezaba a despuntar la última vez que le había visto— cuando recorrió con la mirada la parte delantera de

la clase y la pizarra que ocupaba toda la pared. Estaba igual que entonces, sólo que más corpulento y más... más definido: desde las cejas, más oscuras que el pelo entre castaño y negro y que las espesas pestañas, hasta los pómulos anchos y la ligera barba que cubría la curva de su mandíbula.

Dios mío, había crecido como yo pensaba que crecería cuando, a los doce años, empecé a fijarme en él de verdad, a verlo como a un chico.

No podía creer que estuviera allí. El corazón trataba de salirse del pecho cuando sus labios —unos labios más carnosos de lo que recordaba— se curvaron en una sonrisa, y se me hizo un nudo en el estómago cuando apareció el hoyuelo de su mejilla derecha. El único hoyuelo que tenía, sin otro a juego. Sólo uno. Pensé de golpe en aquellos años, y en las escasas veces en que lo había visto relajado. Recostado en una silla que parecía venirle pequeña, giró lentamente la cabeza hacia mí. Sus ojos, marrones con minúsculas motas doradas, se encontraron con los míos.

Unos ojos que yo no había olvidado.

La sonrisa fácil, casi indolente, que había visto un momento antes en su cara pareció congelarse. Sus labios se abrieron y una especie de palidez se extendió bajo su piel morena. Las motas doradas de sus ojos parecieron ensancharse cuando los abrió como platos. Me había reconocido. Yo había cambiado mucho desde entonces, pero a pesar de todo vi por su expresión que me reconocía. Se había puesto en movimiento otra vez, se inclinó en el asiento, hacia mí. Tres palabras surgieron tronando del pasado y retumbaron en mi cabeza.

No hagas ruido.

—¿Ratón? —susurró.